

CUATRO LUGARES DEL CAMINO DEL SEÑOR SANTIAGO

Por Alvaro Cunqueiro

Entre las más altas sabidurías, figura la de los caminos. Del polvo de ellos está hecha la diversidad del mundo, siempre alabada, El camino del Señor Santiago, a medias escrito entre la tierra y el cielo, es de los más antiguos y principales, y aun más que el camino de Roma floreció en milagros de vírgenes, pájaros, príncipes y judíos, que son las cuatro clases mayores de milagros.

Si éste fuera lugar y fuera con él la ocasión, sería bien explicar el teatro de cada uno de estos milagros, porque se ha de saber que requiere cada uno su especialísima luz, su rito escénico, su coro, su ángel y su decorado. Pero no es éste el lugar ni la ocasión y ha de contentarse el que escribe en narrar cuatro lugares, estampas o versiones de uno de los mayores caminos del mundo, que no se sabe dónde comienza y termina ante el sepulcro del Apóstol Zebedeo; camino que en las historias puede ser que sea una de las más anchas y fecundadoras venas, y aun hoy pueden andar los hombres, seguros de que al final hay una piedra que lava los pecados...

He aquí, relatados sencillamente, cuatro lugares del camino del Señor Santiago.

LA JUDÍA DE VARSOVIA

En la Piekarska, calle de los panaderos, vivía el maestro Miguel, que amasaba harinas de Silvack con manteca de vaca y una taza de vino mareado y luego hacía hermosos y quebradizos hojaldres que figuraban el castillo de Gracovia, la torre de San Nicolás, iglesias y palacios, y con azúcares sabía armar figuras de personas que paseaban por los hojaldres con colores de miniatura. El maestro Miguel era rechoncho como el Abad de las Dunas, que pintó Memling, y cuando se reía en su obrador, sus carcajadas de hombre llano se oían en la calle de los caballeros, en la Rycerska, donde vivía el caballero Pascual, que tenía oro, mote y armadura y había asesinado por celos a su mujer.

Una tarde de nieve, llamó a la puerta del maestro Miguel una muchachita

hermosa, descalza de pie y pierna, medio desnuda de cuerpo, morada del frío y a punto de gastársele los ojos con las lágrimas. La doncella, que tenía cabellos negros y era como una almendra, pedía cobijo y pan. El maestro Miguel dióle ambas cosas, y al saber que la muchachita no tenía a nadie en este mundo, le mandó quedara como criada en la casa, que la que tenía era ya un poco vieja y se le olvidaban demasiados puntos. La muchachita, que dijo llamarse Mara, se quedó.

El suceso fué así: Conocióla el caballero Pascual y la pretendió. Se negó la muchacha a los requerimientos del caballero y éste, despechado, denuncióla como judía. Fué presa Mara y condenada a la hoguera. Cuando la doncella iba a ser atada al poste de hierro del Piekielko, del «pequeño infierno», como le llaman en Varsovia a la plaza donde se quemaban brujas, sastres y judíos, se arrodilló la niña y rezó a Nuestra Señora, ofreciéndole su conversión y hacer descalza y en ayuno el camino del Señor Santiago, si la sacaba del mal de las llamas. Ataron los guardias a Mara al poste de hierro y encendieron la hoguera. Fué entonces el milagro de ver cómo las llamas se tornaban blancas y azules y se partían en rosas y nubes

sobre la capucha parda de la doncella, sin quemarla ni mancharla. Gritó la gente el milagro, fué perdonada la judía, que hizo la romería Compostela por los caminos de las Alemanias, donde medraba el centeno, y los suaves de la Francia, donde al regreso, al descanso de una fuente, conoció un caballero de la buena sangre con quien casó. El caballero Pascual murió de desgracia y se condenó. En casa del maestro Miguel quedó de recuerdo de la doncella una silla de paja, donde Mara se sentaba a coser al cariño del fuego, y a donde iban a sentarse luego las doncellas enfermas de amor, sabiéndose de muchas curadas de malos pensamientos con este sencillísimo remedio. El confitero convirtió su casa en hospital de peregrinos del Apóstol.

ESTAMPA DE ESCOCIA Y VIÑETA DE LONDRES

Hay una historia que anda en versos de Escocia y que se declina por aves que no hay y rosas que no se marchitan. Es la historia del caballero Mac Twire, que se enamoró de una sirena de la mar, allá por los tiempos en que Escocia aparecía en los mapas como una isla del Invierno, cerca del viento Norte, y se decía de ella—por ejemplo, en aquel anónimo catalán del 1315— que sus

Montañas «Terminan en niebla todo el año y el aire está poblado de cuerpos ligeros». El caballero Mac Twire vivía en un castillo, cuyos muros herrados y poderosos, daban, empinados, sobre el mar, precisamente en la ribera de una bahía muy agradecida de sirena. Desde niño había aprendido el caballero el revés de las canciones de las sirenas, manera la más eficaz de librarse del abrazo de sus cabellos y de la sal de sus labios, que éstas son las dos señales del amor de las sirenas, según los relatos de los frailes y los navegantes, gentes ambas de trato liberal y dadas al de los demonios y otros espíritus. La madre del caballero había tapiado, no obstante, las ventanas del castillo que daban al mar, y nunca dejó al rapaz escaparse a las orillas, por mucho que fuera su saber en la vuelta de las canciones. Pero un día el caballerito salió a la

